

CULTURA Y DEMOCRACIA

UNA VISIÓN DESDE NICARAGÜA

Juan Carlos Ramírez Sierra

En su devenir, las ideas en torno a la democracia identifican contradicciones y tendencias, propias de épocas y contextos específicos. Mediadas por transformaciones políticas, sociales, económicas o tecnológicas, sus alcances reflejan un amplio espectro de necesidades, limitaciones y posibilidades humanas atravesadas por los intereses de cada comunidad. Estas ideas no son reflejo pasivo de aquel entramado de relaciones. En no pocos casos la democracia ha tenido dentro de sus causas determinantes un movimiento de ideas capaz de configurar mayor efectividad en su ejercicio, en una praxis que incorpora al movimiento de la realidad el pensamiento más acabado y crítico, encauzado hacia este derrotero.

En América Latina y el Caribe, la diversidad de enfoques asociados a la complejidad y riqueza de esta región, que supera el marco de teorías y saberes construidos en otros contextos, fundamentalmente europeos y norteamericanos, podría constituir una de sus características particulares. El pensamiento referido al análisis de la democracia en las últimas décadas del siglo xx, ha resultado prolífero en el intento por superar los fuertes y acuciosos embates a esta espacialidad socio-histórica. En este amplio diapasón, se destaca el político, jurista y actualmente el filósofo nicaragüense de mayor envergadura, Alejandro Serrano Caldera (1938). Agudo en el ejercicio de pensar, sus ideas constituyen una auténtica expresión de síntesis en el quehacer filosófico, no sólo por la presencia de las múltiples determinaciones que se conjugan en la convulsa y cambiante realidad, sino por la capacidad de entamar concepciones del mundo, como la hegeliana y la marxista, con las ideas filosóficas latinoamericanas y la filosofía de la liberación. Esta vertebración, sin perder de vista su lugar como ente activo y creador, permite desde una totalidad flexible mayor alcance en la comprensión de los problemas esenciales del ciudadano de este hemisferio, unido a la posibilidad de una elaboración más acabada de instrumentos epistémicos conformes a las pautas que refleja el acontecer de nuestra América.

El objetivo específico de este trabajo se enmarca en la aproximación a las ideas de Serrano Caldera referidas a la relación entre la democracia y la formación cultural del ser

nuestroamericano, donde la primera deviene resultado de esta formación. A juicio del intelectual nicaragüense,

la democracia no es únicamente un sistema de gobierno, sino, sobre todo, un sistema de valores y una cultura. (...) la plenitud democrática no se agota en la democracia representativa caracterizada por el sufragio electoral periódico, sino que esta debe completarse con la democracia participativa que conlleva el acceso de la sociedad, en su conjunto, a los bienes espirituales, intelectuales y materiales de una Nación, dentro de los cuales está la posibilidad de participar en la creación de instituciones económicas, sociales y políticas.¹

Aunque su concepción de democracia es irreductible a tal definición, desde esta propuesta se destacan aspectos esenciales que trascienden el modo en el que ha sido entendido este proceso político. De ahí el alcance del pensamiento filosófico de Alejandro Serrano Caldera, quien parte del reconocimiento de que la democracia es irreductible a una forma de gobierno o un sistema político propiamente dicho. Esto no niega su existencia como tal, al entenderla esencialmente como un sistema de valores, y más allá, como una cultura, trasciende las visiones clásicas y modernas, las cuales situaban y sitúan a la democracia como fenómeno de carácter esencial y exclusivamente político. En palabras del propio filósofo nicaragüense, la democracia “es una forma de vida en donde los sujetos sociales son sus protagonistas centrales, sus conductores, sus beneficiarios y su energía funcional.”² Esta concepción, marcadamente antropológica, vuelve al ser humano, pero no a un ser humano abstracto o ilusorio, situado al margen de sus condiciones de existencia y creación, sino a la praxis que construye y reproduce la condición humana, por tanto desalienadora.

Enjuiciada de este modo, la democracia es un resultado cultural de la actividad histórica y social de comunidades determinadas. En consecuencia, es susceptible de cambios y transformaciones a través de continuos procesos transculturales que ocurren entre diversos grupos humanos.

¹ Alejandro Serrano Caldera, *Los dilemas de la democracia. Hacia una ética del desarrollo*, Managua, Editorial HISPAMER S. A., 1995, p. 100.

² Alejandro Serrano Caldera, *Obras. Escritos filosóficos y políticos I*, prólogo de Pablo Kraudy, Editorial HISPAMER-CNU, Managua, 2008, p. 397.

No existe la democracia, sino más bien *las* democracias

La comunidad específica que decida asumir esta forma de existencia social posee la libertad y la necesidad de incorporarle los rasgos que la identifican, universalizan y sobre todo garanticen su permanencia; así como de censurarle y suprimir las particularidades que podrían deformarla y desvirtuarla hasta conllevar a su desaparición. Esto nos remite a la negación de la univocidad democrática tan aspirada por los centros de poder. No existe la democracia, sino más bien las democracias, en tanto la existencia de tradiciones y culturas diferentes que construyen y añaden su impronta a este modo de existencia social.

Ahora bien, esta concepción no establece o fundamenta la posibilidad de un relativismo teórico y práctico que, en torno a la democracia y otros procesos sociales y humanísticos, en ocasiones han identificado los análisis de esta naturaleza. Serrano Caldera es preciso al criticar con fina pluma la concepción hegemónica que identifica la democracia representativa con la democracia en general o universal. En este sentido, asume que sin la participación sistemática de los ciudadanos, praxis que es irreductible al sufragio electoral periódico, la representatividad por sí sola no alcanza la realización más acabada posible de la democracia.

La participación no se limita a la lógica expresada en el debate en torno a la gobernabilidad; se orienta necesariamente hacia el acceso de la sociedad, en su conjunto, a la totalidad de la riqueza material y simbólica producida o adquirida por ésta. En el epicentro de la participación se encuentra el binomio creación-control de instituciones económicas, sociales y políticas. Acude así a una relación que si bien supera el estrecho marco de lo político, lo incorpora en una concepción más amplia, esencialmente crítica. La participación es reconstruida a partir de la posibilidad de acceso del todo social al todo edificado, desde la creación y control, por parte de ese todo –y no de una clase o estamento del orden que sea–, de las cosas y relaciones producidas. El filósofo del Caribe mesoamericano no niega el enfoque de clases, más bien lo complementa con una propuesta de integración de la totalidad social, a partir del reconocimiento de una “democracia plural y múltiple, en la que todas las expresiones políticas tienen un espacio legítimo.”³ Ciertamente, el enfoque clasista brinda la posibilidad de orientarse en el quehacer político y entender la lógica de una parte de la sociedad antigua, moderna y contemporánea, pero no la totalidad, puesto que la política no es sólo lucha, conflicto, enfrentamiento o violencia

³ Alejandro Serrano Caldera, *La unidad en la diversidad. En busca de la nación*, Ediciones Progreso, Managua, 1998, p. 11.

organizada, como en alguna medida asumieron los precursores del marxismo. Las prácticas políticas hegemónicas que se identificaron con esta ideología no hicieron más que reproducir el imperio del capital, en tanto reproducción y legitimación de la exclusión, marginación y discriminación de partes significativas de la sociedad, que no se limitaron exclusivamente a los empoderados del antiguo régimen.

Al tratarse de América Latina y el Caribe, en donde ha regido históricamente una controversia entre el devenir de múltiples diversidades y la desarticulación permanente impuesta por la violencia de imperios acechantes, anclarse en un enfoque explicativo del siglo XIX que pondera el choque entre las partes sociales, ha constituido y constituye una torpe absolutización que aleja la posibilidad de una transformación profunda, por su naturaleza extraña y ajena a las necesidades propias de la región. Serrano Caldera está más cerca de la fórmula martiana “Con todos y para el bien de todos”, de profunda esencia humanista y por consiguiente inclusiva. O tal vez más a tono con una de las exponentes más agudas de la filosofía marxista, Rosa Luxemburgo, quien sostenía que “La libertad sólo para los que apoyan al gobierno, o sólo para los miembros de un partido, por numerosos que sean, no es libertad. La libertad siempre es libertad para los que piensan de manera diferente.”⁴

Más allá de una clase o grupo específico, la realidad nustramericana se resiste a ser interpretada desde construcciones pre-elaboradas en Europa y Estados Unidos; exige análisis que se remitan al movimiento de su historia, que es su historia misma. Desde este meridiano se podrían evidenciar los hechos, procesos, praxis de grupos humanos y actores específicos determinantes de la región en su devenir. En un análisis de esta naturaleza asoma cuanto antes uno de los problemas esenciales del ser nuestroamericano: la relación entre el hecho factual de su desintegración en lo más profundo de su existencia y el ejercicio trascendente de su búsqueda en tanto libertad, identidad y proyecto de realización y emancipación humana. “En la historia de estos últimos quinientos años –sostiene el propio Alejandro Serrano Caldera– no se ha producido una síntesis integradora de los diferentes afluentes de los que se nutre nuestra cultura.”⁵

Insistir en una concepción y praxis que logre integrar el universo de lo social, lo político y lo económico, se ha convertido en un imperativo para nuestro ser y su realización desde una democracia que logre orientarse hacia estos fines. En consecuencia, desde esta perspectiva antropológica-filosófica, los problemas de la democracia en nuestra América se sumergen en los procesos que

⁴ Rosa Luxemburgo, *La revolución rusa*, en Colectivo de Autores, *Rosa Luxemburgo o el precio de la libertad*, Editado por Jörn Schütrumpf, Berlín, México, Editorial Karl Dietz, 2007, p. 98.

⁵ Alejandro Serrano Caldera, *Ibidem.*, p. 32.

restringen la realización más plena de su existencia. La democracia, como forma de existencia social, es detentadora de la enajenación que ha propiciado el devenir de este ser desintegrado. Pensar en la transformación y creación de una democracia distinta nos remite de manera inevitable a la superación de frustraciones, fracasos, ausencias y vacíos. En esta concepción, no se ignora la naturaleza política, no exclusiva, claramente, de la democracia. Beatriz Stolowicz coincide con el filósofo nicaragüense, cuando plantea que:

la lucha por la democracia es una lucha por el poder en todos los ámbitos donde este se origina, se ejerce y reproduce: en la contradicción capital-trabajo; en las configuraciones, las prácticas y los fines de las instituciones del Estado, entre las que se incluyen las que por medios formales y no formales procesan las relaciones políticas como fenómeno público (sistema político); en los ámbitos de creación y socialización de ideas y valores que condicionan las conductas sociales, con sus instituciones formales y no formales, que van desde las educativas, la producción teórica y artística, los medios de difusión y las iglesias, y hasta las mismas prácticas económico-sociales que poseen una función ideológica fundamental.⁶

El filósofo nicaragüense advierte, en esta lógica, la intención del pensamiento social dominante de soslayar o suspender en la contemporaneidad a los actores de la democracia; de construir una democracia sin la existencia de plenos sujetos democráticos. Tal vez una de las obras donde se refleje con mayor claridad la vetusta aspiración de deslindar a las grandes mayorías del ejercicio del poder y de la política en general, sea *La rebelión de las masas* (1930), de José Ortega y Gasset, en la que arguye: “Hoy asistimos al triunfo de una hiperdemocracia en que la masa actúa directamente sin ley, por medio de materiales presiones, imponiendo sus gustos. (...) Yo dudo que haya habido otras épocas de la historia en que la muchedumbre llegase a gobernar tan directamente como en nuestro tiempo.”⁷ Este marcado desprecio por el pueblo está asociado a la reducción de los privilegios de las clases empoderadas históricamente, que supone el acceso creciente de aquel a las riquezas sociales. Al no poder frenar el empuje y ascenso de las mayorías con los controles sociales que hasta entonces había producido el capitalismo, el filósofo español prefiere atarse a la concepción de democracia liberal, la que desde entonces viene dando muestras de agotamiento e incapacidad para responder a las



necesidades de las nuevas circunstancias. Ortega y Gasset no logra superar, por los límites que impone la propia pertinencia de clase, aquella visión aristocrática y arcaica de la democracia; no logra entender que cuando menos, “toda democracia verdadera es un principio supremo de respeto a la integridad de las personas, al derecho a pensar y a la libertad para vivir sin miserias, para tener educación, y para ejercer la religión preferida.”⁸

La intención de reducir hasta lograr anular relativamente el alcance del pueblo en las decisiones políticas, subyace en todo este periodo y trasciende hasta nuestros días. No existe una costura del sistema global del capital que no se enrumbe en esta dirección, que no se resuelva en el “intento de someter la práctica y el pensar general a estructuras mentales de conformismo social.”⁹ Sin aludir directamente a este proceso, Serrano Caldera responde desde una visión crítica y dialéctica. Cuando afirma que la democracia es un sistema de valores, una cultura, se está refiriendo a la existencia indisoluble de múltiples sujetos histórico-sociales que construyen o simplemente reproducen una democracia específica. Por limitada que esta pueda ser, la existencia de sujetos que participen constituye una condición *sine qua non* para la existencia de esta forma de gobierno. El reconocimiento de “asociaciones profesionales, sindicales, juveniles, femeninas, ecológicas, culturales, artísticas, campesinas, estudiantiles, lo mismo que instituciones como las universidades y municipios que actúan dentro del marco de sus respectivas autonomías, en defensa de sus intereses específicos”,¹⁰ que producen en su

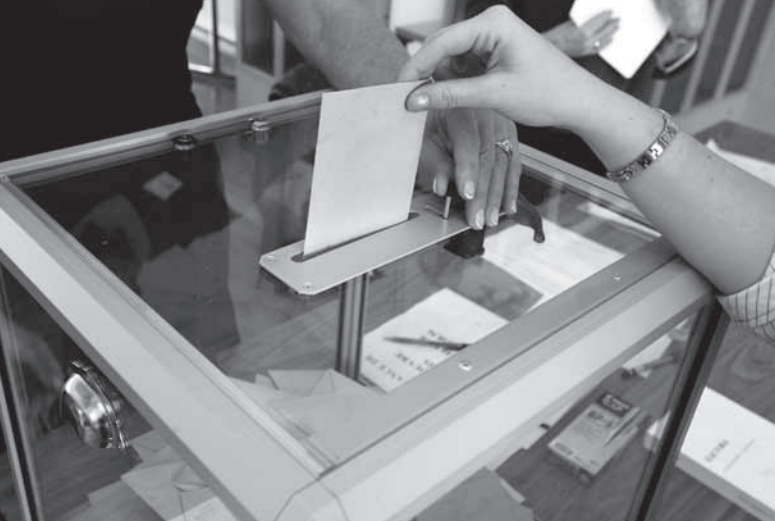
⁶ Beatriz Stolowicz, “Democracia gobernable: instrumentalismo conservador”, en *Cuadernos de Nuestra América*, Vol. XIV, No.28, julio-diciembre de 2001, Cuba, pp. 37, 38.

⁷ José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*, México, Editorial Porrúa, 1985, p. 100. En esta misma obra, el precursor del raciovitalismo asume que “Ahora (...) cree la masa que tiene derecho a imponer y dar vigor de ley a sus tópicos de café. (...) Lo característico es que el alma vulgar, sabiéndose vulgar, tiene el denuedo de afirmar el derecho de la vulgaridad y lo impone dondequiera. (...) Este es el hecho formidable de nuestro tiempo, descrito sin ocultar la brutalidad de su apariencia.”

⁸ José Antonio Soto Rodríguez, *Juan Bosch: Su pensamiento humanista, caribeño y universal*, República Dominicana, Ediciones Angeles de Fierro, 2013, p. 57.

⁹ Marcos Roitman Rosenmann, *Las razones de la democracia en América Latina*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2007, p. 16.

¹⁰ Alejandro Serrano Caldera, *Los dilemas de la democracia. Hacia una ética del desarrollo*, Op. cit., p. 109.



totalidad diferentes praxis referidas a un sistema de valores y una cultura, en donde la resistencia constituye una de sus singularidades, nos habla de una democracia que reconoce abiertamente la existencia y necesidad incuestionable de estos “sujetos múltiples”.¹¹

Esta reafirmación adquiere mayor valor al tratarse de la posibilidad de existencia de los sujetos o actores de transformación en nuestra América. “Hasta la Segunda Guerra Mundial –sostiene Germán Carrera Damas– el grueso de la historiografía latinoamericana trata de una historia sin pueblo. El pueblo, como actor, está por lo general ausente de esa historia.”¹² La complejidad en tanto diversidad étnica, racial, lingüística, económica, religiosa, histórica, política, etaria, cultural, de origen y género de la mujer y el hombre americanos, ante la homogeneidad europea y de otras áreas del globo, desmontan por su propia naturaleza la creencia y los dogmas de fe en torno a la “exclusividad de un sujeto”¹³ para el cambio social y político. Paralelamente, la escasa atención, no sólo por los estudios históricos sino por las ciencias sociales en general, que ha tenido la cuestión del sujeto en nuestras tierras, ha contribuido al mantenimiento del *status quo* y a la poca maduración de ideologías capaces de responder al cambio que necesita esa diversidad. En esta misma lógica, los estudios en torno a la democracia han estado determinados en buena parte por los análisis contemporáneos hegemónicos de la Ciencia Política y la Sociología. La visión histórica y crítica de Serrano Caldera es superadora, porque se sumerge en la raíz propia del ser caribeño y latinoamericano. A juicio suyo existen tres procesos de carácter ontológico que han marcado y determinan lo que constituye hoy la democracia en América Latina y el Caribe. El primero se refiere a los

¹¹ Juan Carlos Ramírez Sierra, *Reflexiones en torno a los movimientos sociales en la América Nuestra*, en Memorias del IX Taller Internacional sobre Paradigmas Emancipatorios, La Habana, Instituto de Filosofía (CITMA), 13 de enero de 2011.

¹² Germán Carrera Damas, “El análisis de los obstáculos a la creación intelectual: el pasado histórico como ideología”, en Pablo González Casanova (Coordinador), *Cultura y creación intelectual en América Latina*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1978, p. 179.

¹³ Juan Carlos Ramírez Sierra, “Reflexiones en torno a la clase obrera nustramericana”, en Camilo Valqui Cachi y Miguel Rojas (Coordinadores), *El pensamiento crítico de nuestra América y los desafíos del siglo XXI*, en 3T, T-II, México, Ediciones Eón, 2013, p. 521.

afuentes culturales esenciales de los que se nutrió en su origen, y continúa de manera significativa todavía, la conformación de nuestras sociedades. “Salvo ciertos momentos transitorios de nuestra historia, nos ha sido muy difícil alcanzar la democracia política, precisamente porque ésta ha sido un factor extraño a nuestra cultura y a sus principales afluentes: la cultura política indígena y la española, ambas autoritarias, jerárquicas, clasistas, patrimonialistas y teocráticas.”¹⁴

Ciertamente, los análisis en torno a la democracia evidencian tanta contaminación de los saberes hegemónicos que intentando aprehender la realidad nuestroamericana se quedan en la superficie. Estas particularidades se han endoculturado y persisten en la cotidianidad del mundo político sin que sus sujetos sean del todo conscientes de que sus prácticas responden a estas determinaciones culturales. La desconfianza y el rechazo a la democracia no sólo se fundan en los intereses de las burguesías monopólicas o nacionales, también están presentes en las clases desfavorecidas, en el pueblo que viendo en ésta la continuidad de sus penurias tiende a su negación. Serrano Caldera acierta al situar en la cuestión de los orígenes culturales uno de los puntos de inflexión de la democracia realmente existente en América Latina y el Caribe. Su enfoque es integrador ante los estancos disciplinares de las Ciencias Sociales, al establecer una relación de causalidad entre un proceso que ha sido justipreciado casi exclusivamente desde lo histórico o lo cultural, con una expresión latente de la política en la actualidad. Ahora bien, si esta argumentación teórica se quedara en estos confines, la falta o ausencia de democracia podría entonces justificarse como una cuestión natural propia o consustancial a esta región.

El ser nuestroamericano, en su afán por humanizar sus condiciones de existencia y librarse de la enajenación y esclavitud a las que ha sido sometido, tiene en la democracia una vía capaz de desmontar siglos de desintegración existencial. Es en la crítica donde el filósofo nicaragüense deposita el mayor peso para adquirir una democracia más plena. Es preciso “superar la desnaturalización política producto de la adopción acrítica de los modelos dominantes de turno, vicio que nos llega desde la independencia, y su divorcio y oposición con las formas y comportamientos, no sólo de la estructura económica y social, sino de la sociedad civil en su conjunto”, nos dice.¹⁵ El otro de los procesos se refiere a la relación entre los modelos políticos institucionales que chocan, obteniéndose como resultado la imposición violenta del más fuerte al margen de la organización social de culturas enteras. Al ocurrir este choque “se produce un

¹⁴ Alejandro Serrano Caldera, *La unidad en la diversidad. En busca de la nación*, Op. cit., pp. 32-33.

¹⁵ *Ibidem.*, p. 17.

doble retardo: el desarrollo de las culturas aborígenes para siempre abortado; y el del desarrollo de la cultura vencedora, vencida y marginada en Europa, que prolonga su vida en la geografía americana e incorpora su marginalidad, a la masa de culturas y pueblos vencidos.”¹⁶

El alcance de este retardo es también ignorado por las Ciencias Políticas contemporáneas, las cuales prefieren desconocer su permanencia. A los pueblos de este hemisferio les ha quedado una especie de atrofia histórica, social y cultural, pues no sólo se anularon las expresiones políticas propias, sino que fueron forzados a mantener una pesada carga institucional que desconocían, una organización política extranjera, que sólo les era útil para su esclavitud y desaparición civilizatoria. Por esta razón el filósofo nicaragüense arguye: “mientras en el arte y en la filosofía caminamos hacia la formación de nuestra identidad, en el plano político y jurídico-institucional, continuamos reproduciendo formas y modelos que no responden ni a nuestra idiosincrasia ni a nuestras necesidades.”¹⁷ François Houtart también coincide con las ideas del filósofo nicaragüense cuando afirma que: “Las formas políticas occidentales, que las naciones modernas han adoptado son, en el sentido verdadero del concepto, superestructuras sin una correspondencia profunda con las estructuras mentales y los modelos culturales subyacentes”.¹⁸

Este no sólo constituye un problema del pasado latinoamericano y caribeño al que la historia podría revalorizar para la actualidad. Constituye un problema de ontología política que permanece en las organizaciones oficiales de cada una de nuestras naciones, y se reproduce consciente e inconscientemente. Es posible que el problema de la identidad, no resuelto aún, encuentre en este acimut claves capaces de brindar alternativas emancipatorias que logren enfrentar la violencia de las industrias culturales contemporáneas. Distante, extraña y además ajena a nuestras necesidades, la política, como expresión también de nuestros pueblos, se ha resuelto en la dialéctica de la relación entre la violencia externa e interna y la resistencia siempre interna entre la esclavitud y la libertad. Sin la presencia de este dilema, de estas indisolubles contradicciones evidentes en el devenir del ser nuestroamericano, todo análisis de la democracia devendría estéril por exceso de superficialidad.

La distancia y carencia de nexos socio-históricos entre el universo político institucional y el mundo de los pueblos

Hoy existe en este hemisferio una democracia que no responde a las necesidades y especificidades históricas del nuestroamericano

incorpora otra de las grandes contradicciones, y posiblemente sea la más profunda, con las que ha estado obligado a convivir el nuestroamericano. Mientras se proclaman –y este constituye el tercer proceso de naturaleza ontológica que define a juicio de Serrano la democracia– “en la política y en el constitucionalismo latinoamericano los enunciados generales de la modernidad (el Estado-Nación, el Estado de Derecho, la separación de poderes, la universalidad y generalidad de la ley, el principio de legalidad, la igualdad ante la ley) mantenemos en lo económico y lo social, los principios y la práctica de la sociedad pre-moderna.”¹⁹ Nuestra historia y existencia se resuelve entonces en la lucha entre un universo político moderno que no sólo es diferente por los elementos que lo constituyen, sino esencialmente por su dimensión espacio-temporal, y una producción y reproducción de la vida –económica y social– que no responde a aquel que fue resultado de los giros propios de la historia de una parte de Europa. En medida significativa, el sistema político e institucional europeo responde a las revoluciones filosófica, científico-técnica, religiosa y política que se dieron entre los siglos XVII, XVIII y XIX. Por su parte, las instituciones y el mundo político de América Latina y el Caribe no responden al movimiento de su historia y de sus revoluciones.

En esta lógica, hoy existe en este hemisferio una democracia que no responde a las necesidades y especificidades históricas del nuestroamericano. Una democracia que incorpora un rosario de contradicciones sin resolver. Limitada por la racionalidad instrumental europea, restringe las potencialidades culturales de realidades diferentes, capaces de negarlas y superarlas. Alejandro Serrano Caldera opta por la crítica y la creación como alternativas esenciales para salvar no sólo la permanencia de culturas que han enfrentado durante siglos múltiples intentos de sometimiento, sino también a las que enseñoreadas en un poder ilegítimo, se encuentran cada vez más lejos de poder controlar y resolver sus contradicciones, las cuales podrían llevar a la humanidad a su extinción. ☒

Juan Carlos Ramírez Sierra. Profesor-Investigador cubano, Licenciado en Filosofía por la Universidad de Oriente, Santiago de Cuba. Es autor del libro *La clase obrera en la encrucijada de procesos políticos contemporáneos*. Ha participado en numerosos eventos nacionales e internacionales. Se desempeña como especialista de Relaciones Internacionales para la atención a Becarios Extranjeros en la Universidad de Oriente. Forma parte del Grupo de Pensamiento Crítico Caribeño y pertenece a la Sociedad Filosófica de Santiago de Cuba. jramirezsu@uo.edu.cu

¹⁶ *Ibid.*, p. 16.

¹⁷ *Ibidem.*, p. 17.

¹⁸ François Houtart, “La dialéctica de lo real y lo ideal. Sobre el libro *Entre la nación y el imperio*”, en J. B. Arrien (Compilador), *Una nueva filosofía de la conciencia y la libertad. Estudios sobre la obra filosófica de Alejandro Serrano Caldera*, Managua, Editorial Universitaria, 1994, pp. 29-35.

¹⁹ Alejandro Serrano Caldera, *La unidad en la diversidad. En busca de la nación*, *Op. cit.*, p. 17.